

Candidato ideal

14

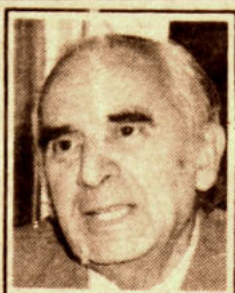
Por William Thayer Arteaga

1. Es característica de nuestra historia la preocupación política y, específicamente, el interés electoral. También lo es que estas inquietudes se manifiestan con mucha intensidad en los núcleos dirigentes y de manera tenue en la masa ciudadana, y que resultan mucho más acusadas en Santiago que a lo largo del territorio.

Durante un siglo nuestra democracia política estuvo restringida a una escasa proporción de la población adulta, hasta el extremo de que las candidaturas e incluso los resultados electorales se decidían entre unos cuantos próceres reunidos en el Club de la Unión o en el Palacio de Gobierno.

Si se recuerda que para el plebiscito de 1925, en que se aprobó la anterior Constitución, votaron 127.000 personas y tenían derecho a sufragio algo más de 320.000, para una población que levemente excedía los cuatro millones, debe concluirse que no obstante un siglo de vida republicana, sólo el 7% de la población eran ciudadanos con derecho a sufragio y en el plebiscito de esa fecha votó menos del 4% de los chilenos.

2. Cincuenta y cinco años después, en 1980, se aprobó la Constitución que nos rige, con una participación de sobre 6.200.000 votantes. O sea, casi toda la población adulta, pronunciándose 4.200.000 ciudadanos por el Sí y casi 2.000.000 por el No. Estas cifras significan el gigantesco avance de nuestra participación política electoral. Sin embargo, lo que ha ocurrido en las leyes y en los números no se ha incorporado con la misma velocidad y eficacia en la conciencia, los hábitos y la cultura nacional. Es-



tamos obligados a ejercer una democracia tremendamente masiva, como las más desarrolladas del mundo, pero que ha alcanzado ese carácter en apenas

medio siglo.

3. Entre tanto tuvimos la crisis de 1973 y recién emergimos del receso político partidista. No es raro, pues, que haya preocupación y se susciten discusiones acerca de cómo y quién deberá ser el primer Presidente que ejerza el mando al término del Gobierno militar. Dos altos jefes de las Fuerzas Armadas han opinado que el ideal es que sea un civil. Según información de prensa, habrían añadido que ojalá fuera joven (digamos cincuentón, en términos presidenciales)

y de centrô-derecha. Esto ha causado revuelo en algunos círculos, porque, digamos las cosas con franqueza, varios de los aspirantes opositores hace algún tiempo que dejaron de ser cincuentones y el actual Presidente Pinochet no es civil, no es político -por lo mismo no podría identificársele con la centro-derecha- y cumplió 70 años.

4. Considero que las reflexiones y antecedentes resumidos conducen a las siguientes conclusiones de sentido común: a) Constitucionalmente no parece aceptable que un candidato presidencial para 1989, para 1990 o cualquier fecha posterior, sea militar en servicio activo. Por ende, debe ser civil; b) Es ideal que pueda armonizar la experiencia con la salud y la capacidad de gobernar un país difícil, y c) Es necesario que en su nombre concuerden los jefes militares y la mayoría ciudadana.

Ni más, ni menos.